









desentumescerose ó despertar, y saludando á la hostelera como antiguos conocidos, se colocaron en los dos rincones de la chimenea, presentando manos y rostros á la llama que ardeaba como brillaba en ellas; en seguida, después de encargar que colocasen las mulas en la cuadra, felicítaselas mutuamente de la llegada, se hicieron servir la cena, propiniciándose acostarse lo más pronto posible.

Otro tanto se le prometía hacer la hostelera; los mozos, medios dormidos, se dirigían bostezando á cerrar la posada, y Teresa, preocupada como antes, dolorosamente afectada en medio de aquellos preparativos, pensaba en el tiempo que pasaba, en la pobreza que perdía, en la luz que se le iba.

—¡Una noche! una noche!—se decía—el desgraciado contará los minutos mientras yo dormiré! ¡Tal vez me será imposible también mañana encontrar medios para marchar!

Mientras hablaba con ella misma, sus ojos se fijaban en los dos mercados de la plaza, en tal ellos fueron el único recurso. Sin embargo, ignoraba qué camino seguirían en el caso que pudiesen y quisiesen encargarlos de ella, y la pobre joven, poco acostumbrada á encontrarse tan sola, en medio de extraños, no se atrevía á dirigirles la palabra.

Pulsada por el deseo, retenida por la timidez, con un pie adelantado, entreabría la boca, permanecía muda, sin moverse, indecisa, cuando presentábase de pronto una criada, la fue á entregar una buja y una llave, indicándole con el dedo la habitación que debía ocupar.



